

LAS MINUCIAS DE GASPARRI

Sobre Gasparri, Javier (2017). *Néstor Perlongher. Por una política sexual*. Rosario: Fhumyar Editora, pp. 153.

Cristian Molina

Universidad Nacional de Rosario

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Hay minucias. En la escritura que avanza por el arco de un deseo, ahí en la palabra que ensaya una respuesta, en el gesto sin gesto de una fiesta que no cesa a pesar de lo enfermo, ahí, hay minucias. Son las que Javier Gasparri desperdiga e hilvana en la argumentación de *Néstor Perlongher. Por una política sexual* (2017). Minucias en un doble sentido que, me parece, funcionan como un procedimiento de escritura que Javier viene explorando en diversos niveles y terrenos, tanto en la ficción autobiográfica *El Punto G* (en prensa), como en este ensayo. Ellas están, por un lado, microscópicamente en la escritura del libro que satura el sentido o los sentidos con detalles argumentativos explorados al extremo, tensados al límite, con minuciosidad. Una que se expande y encanta, pasando por diversos tonos, desde el enojo malicioso y polémico sobre Malvinas del primer capítulo, hasta el abandono de un superviviente en los relatos del SIDA, con respuestas jadeantes y gozosos en la trinchera poética e intelectual en medio de libro.

Pero hay, con todo, otro posible modo de comprender las minucias: como un resto o una pequeñez aparentemente sin valor, un detalle infinitesimal inútil, podríamos decir, sin la intención de ser realistas. Esta idea, como resto, entiendo,

funciona en tanto engranaje de ese otro modo de la minucia que, mientras satura el sentido, eso que podemos decir y leer sobre Perlongher y sus escrituras, lo abre hasta suspender la argumentación y permitir vislumbrar ahí, en el espacio de las páginas, un magma de problemas que nos interpelan para seguir pensando. Doble mérito, entonces, del libro minucioso, que no solo arriesga una postura, si no que nos invita a seguir explorando las aperturas de problemas que propone de cara al futuro. Y es en estas minucias, sin restarle valor a las otras, pero que se pueden, en todo caso, seguir con la lectura del libro, en las que me quiero detener. En estas diminutas aperturas de un sentido que no se clausura, donde se produce el con-tacto entre lectores.

La primera, Javier la ofrece cuando propone la *antiparataxis* o devolución invertida del insulto o daño como figura productiva que permite comprender la escritura de Perlongher en torno de dos líneas. Anota Gasparri: “Una, ya deslizada, con los hermanos Lamborghini y a través de ellos con el S XIX argentino: “Asimilar la distorsión y devolverla multiplicada” será la reiterada formula de Leónidas Lamborghini, y allí está la operación de la gauchesca, pero también la de *El Matadero*. Esto es, una fórmula que recorre intensamente toda una línea literaria de la violencia histórica argentina” (p. 75). En una extensa nota a pie de página, Javier, además, agrega que, en la línea Osvaldo Lamborghini, podría pensarse, “con ciertos hiatos” respecto de las fiestas del monstruo, pero sin lenguas del mal, porque los monstruos están enfiestados, lo que distancia a Perlongher mínimamente de la conceptualización de Ludmer en *El género gauchesco*. Una minucia que muestra la diferencia de Perlongher dentro de un entramado de escrituras e imaginarios en el que sin embargo está, aunque dentro de su propia trinchera.

Si bien la opción de Javier es dejar en suspenso esta línea que propone y concentrarse en las operaciones culturales de las sexualidades disidentes, entiendo, allí, que el libro abre una serie de problemas estimulantes de abordar, relacionados, todos, con un “uso”, siempre diferente y singular, de un imaginario sadiano, que es también una economía donde se intercambian, destruyen, inventan e invierten valores, que recorre la literatura argentina, desde el Romanticismo iluminista de Echeverría en adelante, coagulando con explícita maestría en *Sebregondi retrocede*, de Osvaldo Lamborghini. Se trata de un imaginario donde violencia política se anuda con violencia sexual y social y económica, y donde determinadas figuras sadianas (el insulto profano como desafío a lo divino, las asimetrías en las relaciones de poder, los límites sin límite, caricaturales del cuerpo gozoso, la crueldad sexual festiva que hace vacilar los binarismos genéricos, las lenguas corrosivas e insidiosas que se movilizan para narrar, o la complejidad inespecífica de la escritura, filosofía, literatura, política, a veces, ensayo, novela, teatro, correspondencia, etc.) son usadas y, por eso, profanadas en un hacer que las cambia de signo en pos de una economía de la corrosión de los valores que sacude inespecíficamente los entramados de una cultura y de un discurso desde adentro. Un imaginario que es una economía de valores en disputa que cada escritura redefine y que llega a su coagulación en los terribles ‘70 por la articulación entre psicoanálisis y marxismo que el sensorio cultural de la época promovía, pero que no solo re-escribe transtemporalmente una tradición en relación con el S XIX, si no que derrama en diversas y singulares líneas proyectivas que pasan por Cesar Aira, María Moreno, Gabriela Cabezón Cámara, Washington Cucurto, Salvador Benesdra, Alejandro López, Vicente Luy, Mercedes Gómez de la Cruz, entre muchas otras. Una minucia a propósito de Perlongher, que Javier enuncia y que, de este modo, nos permite, a nosotrxs, seguir pensando en

constelaciones que podrían entablar contacto con la singularidad del libro al límite.

Y en esa apertura del pensamiento ya vemos asomar, ahí, una temporalidad compleja. Esa es otra de sus minucias. Si nos detenemos en los avances y retrocesos cronológicos del libro, notaremos cómo su tiempo es, además, el de los avatares de los significados temporales de las sexualidades disidentes (desde la salida de la patología a la guerra de trincheras para festejar el deseo abierto homosexual, no fetichizado en una tipología, sino siempre territorio y cuerpo de experimentación, hasta el miedo y la supervivencia en los relatos del sida), pero que se despliega en combinación con los múltiples presentes de los estudios de género en cada coyuntura y las posibles relaciones del pensamiento y de la escritura Perlongher con ellos. Y esto es posible porque, como sabemos, desde el desplazamiento que opera la física relativista de Einstein, en el trabajo con el tiempo clásico y metafísico de la física newtoniana, el tiempo está, desde entonces, indisolublemente ligado al espacio, al desplazamiento por los espacios, y va y viene en ellos de acuerdo al punto de vista. Y así, Javi releva no solo las mutaciones en el propio trayecto escriturario de Perlongher en Argentina o Brasil, sino, además, las relaciones posibles entre su militancia política y su pensamiento intelectual con las lecturas francesas de Deleuze-Guattari, de Guy Hocquenghem o, a posteriori, o mejor dicho, cuando el SIDA llega, con los estudios estadounidenses *queers* de Butler, demostrando la potencia de Perlongher como escritor, pero también como un pensador-militante latinoamericanista sobre sexualidades en diálogo con los estudios que suscitan en diferentes tiempos una afinidad problemática, tensa, en contacto mundial. En el *I Encuentro de Estudios sobre Otras Literaturas*, realizado en octubre pasado en esta Facultad, Facundo Nazareno Saxe se preguntó por qué en Latinoamérica

tenemos la manía de recurrir a enfoques teóricos sobre género/sexualidades de otras coordenadas, desconociendo el pensamiento anal que Perlongher había elaborado y que nos permitiría leerlo como teórico y escritor sobre las problemáticas de disidencia sexual al mismo tiempo que anticiparía, incluso, muchos de los postulados sobre el terrorismo anal de Paul Preciado y su *Manifiesto contrasexual*. Saxe aseguraba que nos vamos a Foucault o nos quedamos con Butler, pero no podemos leer la escritura de Perlongher, incluso la literaria, decía, como un pensamiento sobre sexualidad que discute o complejiza desde acá el problema, proponiendo un abordaje latinoamericano. En este sentido, en esas temporalidades que Javi diseña, en esos diálogos transtemporales que va configurando, entiendo, reubica a Perlongher también -pero no solo- en esta dirección. Y lo enuncia con pocas palabras en un momento clave del libro: “Es además, por estas conjeturas esgrimidas y recorridas aquí que Perlongher es nuestro contemporáneo (...) Por eso la vitalidad y la potencia inactual (es decir, no perezca) de la vida y el pensamiento (o sea, la obra) de Perlongher: porque soñó de cara al futuro y su futuro (que incluye sueños pero también pesadillas) es hoy uno de nuestros presentes” (pp. 110-111). Futuros, presentes, pasados y las escrituras como bucles que giran sobre un problema en diferentes espacialidades situadas, en con-tactos.

Pero en esa cita, también, Javi delinea, como en todo el libro, otra minucia más. Vida y pensamiento: obra. Perlongher aparece, entonces, como un cuerpo de con-tactos entre niveles que el logocentrismo tiende a pensar separados, casi metafísicamente. Vida y obra, vida y pensamiento, pensamiento y obra, pero también Perlongher es el que corroe las divisiones esquemáticas barthesianas del letrado como profesor, escritor o intelectual. Es más, Javi extrema todo a

partir de estas minucias y asegura que Perlongher sería todo eso, pero además, poeta, performer, militante, académico, ensayista. Es decir, un inclasificable. Y esto se comprende porque la minucia que está por detrás es la noción de Gasparri de una literatura al límite. Y uso el genitivo referido desde Gasparri porque si bien la noción de límite fue retomada por Giordano en *Los límites de la literatura* (2010) para intervenir en los debates actuales de los estudios literarios argentinos, Gasparri la corroe hasta hacerla decir otra cosa. No se trata de los límites de la literatura, si no de pensar qué hace Perlongher llevándola a los límites. De ahí la noción espacial que el libro traza para intervenir en los debates contemporáneos sobre la posautonomía o la inespecificidad. Pensar la literatura al límite supone hacerla entrar en con-tacto con otras prácticas para salir de sí desde adentro. Es por eso que, pareciera decirnos Gasparri, la literatura al límite se vuelve inclasificable como lo es la escritura de ensayos, cartas, poemas o tesis de Perlongher que avanza sobre diferentes saberes para pensar un fuera de sí desde la trinchera de la escritura (literaria): “En este sentido, las funciones y/o figuras del intelectual, del poeta, del militante, del ensayista, del investigador social, del ‘brujo’, precisamente en y por su proliferación, lejos de escandirse o escindirise, se superponen y se solapan obsesivamente, revelando así el límite extremo en el que son ejercidas y encarnadas, como un borde filoso, al borde de su propia disolución, y dan lugar así a un espacio expandido en el que esos límites fueron socavados, por lo cual lo que delimitaban pierde (ya perdió) su identidad definitoria, su posibilidad de re-conocimiento” (p. 89).

Y aquí, entiendo, entra la última minucia que me interesa señalar de la escritura de Javi. En apenas tres o cuatro páginas, logra practicar, aunque sin explicitarlo, un concepto bivalente de género, pero no binario, a partir del cual Perlongher contacta y tensa “La loi du genre” de Derrida con la

performatividad del género de Butler. Es decir, como propuesta arriesgada, Gasparri ensaya y practica una escritura del sexo en tanto dispositivo performativo de la sexualidad que rompe el binarismo genérico, con el género literario de una ley que se corre de sí misma siempre en su efectucción. Desde hace unos años, intento trabajar diacrónicamente con el devenir de los géneros literarios del cuento y la poesía en relación con los dispositivos genéricos de la sexualidad en la literatura francesa de la modernidad. Para mi sorpresa, esa relación siempre escurridiza y abierta, traza, hasta ahora, algunos problemas que se relacionan con esa práctica que Javier percibe en Perlongher y que efectúa en él. Lo que Javier pone en evidencia con ese uso y práctica de un concepto bivalente de género es una alternativa a partir del foco en la sincronía de una escritura singular, que hace de Perlongher y de este libro un antecedente teórico-crítico necesario para pensar en esta dirección. Gasparri postula un Perlongher que escribe el sexo en todos los géneros, tensando los límites del binarismo genérico heteronormativo hasta su disolución, porque se trata de mantener una potencia de lo abierto que es la que une y separa, al mismo tiempo, sexualidad y literatura en sus propios límites. El devenir de las escrituras del sexo, entonces, como dispositivos siempre abiertos, interrumpidos entre y más allá de los géneros revelaría en la escritura de Perlongher que siempre hay posibilidades de extender los límites, a pesar de las relaciones de poder, los contactos, los bordes de los géneros que mueven, corroen, no dejan quietos los dispositivos normalizadores y, por esto mismo, no hay clausura teleológica definitiva de las relaciones ni sobredeterminaciones en las escrituras del género y del sexo, sino multiplicidad. Y esta es, en definitiva, la política sexual que Gasparri lee en Perlongher, y la apuesta ética que plantea.

A partir de estas minucias, el libro, entiendo, organiza un modo de pensar la lectura que quizá sea una apuesta por la experiencia del con-tacto en los límites entre lector y autor. Porque si bien deja sentada una posición, clara y firme, sobre las escrituras sexuales de Perlongher en tanto disidencia múltiple, saturando argumentalmente el sentido, al mismo tiempo, estas otras minucias como restos mínimos son disparadoras no saturadas de pensamiento, una apertura más allá del libro desde él o con él y Perlongher. Una suerte de triada o trío (Autor-Perlongher-lector) a partir de las minucias atravesadas por un “lo dejo a tu criterio”, como planteara Karina Olga Jelinek, condensando uno de los pensamientos más potentes de la contemporaneidad posbarthesiana, y uno de los gestos que abre generosamente el libro cuando lo leemos.

Pero ahora que lo pienso, además de este libro, el trío con Perlongher y Javi tiene una larga historia de reincidencias. Perlongher nos convocó varias veces. Una, en una lectura que organizó Gabby De Cicco en *Bienvenida Casandra*, donde nos pusimos a leer junto a Irina y otros, algunos de sus textos a los gritos para la consternación de lxs presentes. Otra, en una presentación de un librito de Julián Joven en Chavela Bar, donde Javi me dijo entrometida y me arrojó Raid porque no sabía qué hacer con las moscas y, finalmente, una noche en un semáforo donde pensamos que Perlongher se reiría de nosotras si estuviera en algún lugar del universo, porque nos habían abandonado dos chongos, luego de una travesía, borrachas, por toda la ciudad -les juro que casi lloramos. Este libro incitó, entonces, un trío más, aunque la reseña podría pensarse como una orgía colectiva con todxs ustedes (están invitadxs). Sin embargo, no voy a tirar ningún insecticida, a lo sumo, unas hojas con unas palabras que, como flores del puto



deseo a lo Genet, espero, hayan logrado su cometido e inviten a leer.